
Bárbara Díaz Kayel

Directora del Departamento de Historia
de la Universidad de Montevideo

Introducción: El estudio de la historia del pasado reciente en la Universidad de Montevideo

El interés por la historia del pasado reciente –en particular, el de nuestra comunidad– se ha incrementado notoriamente a partir de la reapertura democrática. También en otras partes del mundo es evidente este interés por los temas del pasado inmediato. La llamada Historia Actual, o Historia del Tiempo Presente se ha consolidado en el mundo académico como una sub-disciplina dentro de la Historia. Ello facilita la tarea a los investigadores uruguayos que se dedican a esta temática, ya que encuentran estudios teóricos y

trabajos empíricos que resultan ser un buen punto de partida para adentrarse en los desafíos que esta materia plantea.

La Universidad de Montevideo no podía permanecer ajena a este requerimiento de la sociedad uruguaya. A partir de 2006, el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades ha organizado seminarios en los que han participado destacados investigadores de nuestro país y de la región. Este año nos hemos planteado una meta más ambiciosa: la elaboración y el desarrollo de

un proyecto de investigación sobre la transición a la democracia. El Lic. Daniel Corbo, Profesor de Historia del Uruguay en nuestra Facultad, es el responsable del diseño y puesta en marcha del proyecto, en el que participan alumnos de la Universidad y estudiantes externos. Por estas razones, la Revista *Humanidades* dedica este número a la Historia del Pasado Reciente, recogiendo las intervenciones de algunos de los conferenciantes que participaron a lo largo de estos años.

En estas páginas, me propongo realizar una caracterización de esta disciplina, señalando sus aspectos problemáticos y los desafíos que plantea al investigador. René Rémond afirma que la Historia del Pasado Reciente presenta una doble singularidad que tiene su origen en la especificidad del objeto: en primer lugar, la contemporaneidad, que proviene del hecho de que no existe ningún momento en su composición en el que no sobrevivan entre nosotros hombres y mujeres que fueron testigos de los acontecimientos narrados; y en segundo lugar, la inconclusión del período estudiado, que lleva consigo la ignorancia sobre las repercusiones de los acontecimientos que se narran. La historia del pasado reciente sería una historia de lo vivo y de los vivos¹ que, por lo demás, implica una metodología particular porque se da en ella una peculiar relación pasado-presente, sujeto-objeto: el historiador es a la vez sujeto y objeto, de alguna manera se estudia a sí mismo al historiar sucesos que muchas veces le son particularmente cercanos.

Esta sub-disciplina histórica ha recibido enormes críticas y descalificaciones, que Henry Rousso, sintetiza así: “*trop peu d’archives, trop peu de recul, trop peu de sérénité*”². Examinaré dichas objeciones.

La primera, referida a las fuentes, es propia de un modelo historiográfico perimido, que consideraba como fuentes válidas casi únicamente los documentos escritos. Sin embargo, este tipo de fuente no es la única, ni siquiera, a veces, la más importante. Lo que interesa al historiador es conocer lo mejor posible su objeto, que es el pasado, y para ello puede y debe manejar toda la información disponible. Para el estudio del pasado reciente, hay una fuente “privilegiada” que es el testimonio oral. Acerca de su uso en la investigación histórica, comenta Carlos Zubillaga:

¹ Cfr. LAGROU, Pieter, *De l’actualité de l’histoire du temps présent* <www.ithp.cnrs.fr/dossier;http/htp PL.html>, 2000 (visitada el 7/03/06).

² ROUSSO, Henry, *L’histoire du temps présent, vingt ans après*, <www.ithp.cnrs.fr/dossier;http/htp HR.html>, 2005, 3 (visitada el 7/03/06).

“El testimonio oral supone una modalidad de aprehensión de hechos del pasado que ofrece ricas posibilidades de interpretación, a la vez que convoca en la etapa heurística a testigos del más diverso género, inclusive a aquellos que no aparecen reflejados en los documentos (o en las fuentes escritas en general). De tal modo, la Historia Oral implica una suerte de democratización de los datos, por su capacidad de apelar a todo sujeto con regular disposición mnemotécnica y determinada adscripción generacional”³.

En el estudio del pasado reciente, con frecuencia son muchas las fuentes disponibles; en otros casos hay fuentes imprescindibles que no salen a la luz pública. En definitiva, el problema heurístico no es más complejo en esta área que en otras. En todo caso, la elección de las fuentes apropiadas y su adecuado análisis crítico condiciona, sin duda, el producto final, y ello debería ser siempre explicitado por el historiador.

La segunda objeción se refiere a la escasa perspectiva que tiene el historiador del pasado reciente. Sin embargo, no parece que éste sea, tampoco, un impedimento serio. En efecto, como el historiador no puede conocer los efectos que los sucesos o procesos del pasado reciente tendrán sobre el futuro, tiene una limitación que, no obstante, no invalida su esfuerzo. Él relatará la historia desde “su” perspectiva, una perspectiva de cercanía temporal, que ignora, en parte, los efectos de aquellos acontecimientos que relata. No obstante, esta limitación no invalida el esfuerzo por esclarecer el pasado inmediato. Ya vendrán, posteriormente, quienes modifiquen esa visión al conocer nuevos efectos de esos actos o de esos procesos. Cada generación escribe su propia historia, y es necesario y saludable que lo haga.

La tercera objeción se refiere a la tan mentada “objetividad”. Una profesora amiga mía suele decir que “el historiador no tiene que ser objetivo, tiene que ser honesto”. ¿Qué significa esta afirmación? Por una parte, reconocer que la objetividad, tal como se la entendía en el siglo XIX, no es posible ni deseable. No es posible porque el historiador –como sucede con cualquier científico en su respectiva disciplina– siempre está implicado en el proceso de conocimiento. La pretensión objetivante del viejo paradigma positivista debería ser, a esta altura, cosa del pasado, pero retorna una y otra vez. No es deseable, porque esa pretensión dejaría a los historiadores fuera de juego, ya que la historia se haría de una vez y para siempre, prescindiendo de las circunstancias concretas en que se desenvuelve el historiador. La historia de la historiografía no existiría. Por otra parte, y esto me parece más importante,

³ ZUBILLAGA, Carlos, “Historia oral: la voz de los protagonistas”, *Cuadernos del CLAEH*, 2ª. Serie, Montevideo, 1985/4, p. 75.

se perdería ese carácter fundamental de la ciencia histórica que es el diálogo. Resulta profundamente atractivo el considerar la historia como un diálogo entre el historiador y su objeto, como una relación “amistosa” con los hombres y mujeres del pasado, tal como la concebía Marrou en una obra que mantiene su actualidad⁴. Para él, la intervención del historiador es verdaderamente “constitutiva” del conocimiento histórico. Ese diálogo del que hablamos será diferente si el que conoce pertenece a esta o aquella época, es nativo de este o aquél lugar, tuvo tal o cual educación, etc. En un sentido coincidente, Paul Ricoeur diferencia la subjetividad buena de la mala, distinguiendo el “yo investigador” del “yo patético”:

“Así pues, no hay historia sin epoché de la subjetividad cotidiana, sin la institución de ese yo investigador que le presta a la historia su hermoso nombre. Porque la historia es precisamente, esa disponibilidad, esa “sumisión a lo inesperado”, esa “apertura al otro” en donde se supera la mala subjetividad”⁵.

La *epoché* hace referencia al despojamiento que debe operarse en el yo investigador, a su deber de disponerse plenamente a la escucha del texto, cualquiera sea la forma que éste adopte. Gadamer afirmaba que “quien desee comprender un texto tiene que estar dispuesto a que éste le diga algo”⁶, debe ser sensible a la alteridad del texto. Lo mismo puede afirmarse del proceso interpretativo del historiador. Si no está dispuesto a dejarse interpelar por los acontecimientos, por los protagonistas, éstos no pasarán de ser “pre-textos” para que hable el historiador. Si la historia supone amistad, no se puede “usar” a los amigos. En especial, cuando el objeto a estudiar tiene que ver con conflictos o resquebrajamiento en el sistema de convivencia de la propia comunidad, es obvio que el historiador ya tiene un juicio formado. En este caso, la *epoché* consistirá en poner ese juicio entre paréntesis, para poder acercarse con una disposición de “escucha” a la fuente documental o al protagonista-testigo. No pocas veces, si el historiador es sincero, de su investigación se seguirán modificaciones en sus antiguas opiniones u opciones personales.

⁴ MARROU, Henri-Iréné, *El conocimiento histórico*, Labor, Barcelona, 1968, *passim*.

⁵ RICOEUR, Paul, *Historia y verdad*, Encuentro, Madrid, 1990, p.32.

⁶ Cit. en REALE, Giovanni y ANTISERI, Dario, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, III, p. 555.

En un documento titulado “Memoria y Reconciliación. La Iglesia y las culpas del pasado”, que se elaboró por iniciativa de Juan Pablo II, se afirma:

*“Captar el testimonio del pasado quiere decir alcanzarlo del mejor modo posible en su objetividad, a través de todas las fuentes de que se pueda disponer; juzgar la corrección de la propia interpretación significa verificar con honestidad y rigor en qué medida pueda haber sido orientada, o en cualquier caso, condicionada, por la precomprensión o por los posibles prejuicios del intérprete; expresar la interpretación obtenida significa hacer a los otros partícipes del diálogo establecido con el pasado, sea para verificar su relevancia, sea para exponerse a la confrontación con otras posibles interpretaciones”*⁷.

De este fragmento, me interesa señalar la idea de que hay varios participantes en el “diálogo” con el pasado, y que todos tienen derecho a hacer oír su voz, en la búsqueda de la verdad histórica. Llegamos así a un punto crucial en estas breves reflexiones sobre la historia del pasado reciente: el compromiso con la verdad. Decía Cicerón: “no atreverse a decir nada falso; atreverse a decir todo lo verdadero”⁸. Es una buena divisa para los que nos dedicamos a la historia. Llevar a cabo lo que dice Cicerón implica una aguda crítica de las fuentes y una gran honestidad intelectual a la hora de encarar la operación hermenéutica. Nos revela, asimismo, el compromiso ético del historiador en la búsqueda y transmisión de la verdad.

Hoy en día, la palabra “verdad” no tiene buena prensa, no es “políticamente correcta”. Sin embargo, creo firmemente que la tarea del historiador no es simplemente contar una *story* más o menos interesante: de él se espera la *history*, el relato verdadero. Pero, ¿cómo adentrarse en la idea de verdad de un modo más comprensible para los hombres y las mujeres del siglo XXI? Para ello, me parece muy apropiado el concepto griego de verdad, que se recoge en la palabra *aletheia*. *Aletheia* significa **desvelamiento**, mostrar algo que estaba oculto. Justamente, de eso se trata en la investigación histórica –“hacer hablar” al documento, al protagonista, a la fuente, para que revele lo que lleva oculto–, y también en la enseñanza de la disciplina –enseñar a los alumnos a no quedarse en la superficialidad, a penetrar en la raíz misma de los acontecimientos y de los procesos–. Cada nueva interpretación –mostrar

⁷ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, La Iglesia y las culpas del pasado <http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20000307_memory-reconc-itc_sp.html, 29/03/00, 13 >(visitada el 3/11/08).

⁸ CICERÓN, *De Oratore*, II, XV, p. 62.

una nueva faceta de un problema, iluminar un aspecto que hasta ese momento estaba oscuro— puede considerarse como un nuevo desvelamiento.

Por ello la verdad es también **tarea**. Si el conocimiento histórico no es meramente de hechos, sino también de los efectos que esos hechos han tenido y siguen teniendo en el presente, es obvio que el saber histórico nunca es un saber acabado; siempre se puede “rehacer” la historia y, más aún, se debe rehacer, es un imperativo ético, un deber del historiador para con la sociedad.

“La verdad es radicalmente **inter-subjetiva**”, afirma Paul Ricoeur⁹. Esta afirmación admite varios significados. Uno de ellos es el peso que lo dialógico tiene en la búsqueda de la verdad. El modelo de todo auténtico diálogo es el método socrático, esencialmente dirigido a des-ocultar la verdad, a purificar el espíritu de todo aquello que tiende a deformarla o a esconderla: intereses, prejuicios, ideologías... En historia, ese diálogo debe darse primero en la interacción entre el investigador y el pasado que estudia, y luego dentro de la comunidad de investigadores o de docentes.

La búsqueda de la verdad purifica a la disciplina histórica de toda forma de ideología, que constituye un modo perverso de ocultamiento de la verdad a la que la historia del pasado reciente es especialmente vulnerable. Ricoeur afirma que el fenómeno ideológico es opaco, permanece oculto, es inconfesable; se enmascara volviéndose denuncia contra los adversarios. La ideología distorsiona la realidad, y busca legitimar el sistema del poder¹⁰. A su vez, la ideología condiciona los procesos de memoria colectiva, creándose, como afirma el autor citado, una historia “autorizada”, la historia oficial, la historia aprendida y celebrada públicamente¹¹, que conlleva una “estrategia de olvido”: “siempre se puede narrar de otro modo, suprimiendo, desplazando los momentos de énfasis, refigurando de modo diferente a los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la misma”¹².

Frente a estas desviaciones, el historiador debe ser capaz de aportar a la sociedad “el rigor de su mirada distanciada”¹³, a pesar de estar él comprometido en su presente: es una mirada que la sociedad tiene derecho a exigirle y que él debe asumir en toda su radicalidad. En efecto, el historiador, en cuanto forjador de la memoria colectiva¹⁴, adquiere una dimensión

⁹ RICOEUR, Paul, *Historia y verdad*, p. 64.

¹⁰ Cfr. RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, Buenos Aires, 2004, p. 112.

¹¹ *Ibid.*, p.115.

¹² *Ibid.*, p. 572.

¹³ *Ibid.*, p. 576.

¹⁴ ROUSSO, Henry, *L'histoire du temps present...*, p. 3.

social, pública. La sociedad en que vive se plantea preguntas referidas al pasado reciente, porque le es imprescindible comprenderse a sí misma. Los hombres pueden considerar el pasado remoto como “un país extraño”, pero les interesa saber por qué están en esa situación, qué llevó a tales personas a tomar tal o cual decisión, qué repercusiones tuvo eso en las vidas de sus progenitores y en las suyas propias. Este interés se hace mayor si se trata de una historia especialmente traumática, porque involucra quiebres profundos, enfrentamientos, injusticias. En esos casos, la búsqueda de respuestas que den un sentido al presente se hace más imperiosa. Me parece que es esto lo que ocurre con la historia reciente de nuestro país y de nuestra región: existe una fuerte demanda social por conocer qué nos pasó como comunidad, cómo transcurrieron esos años, cómo se logró, en fin, la salida de ese difícil proceso. Todo ello es necesario para tomar posición en el presente y cara al futuro.

El compromiso social del historiador con sus conciudadanos es, en definitiva, un compromiso con la verdad y un aporte fundamental a la reconciliación. Es desde esta conciencia cívica, que los integrantes del Departamento de Historia de nuestra Facultad quieren hacer su aporte.